

# EL BALEAR

## DIARIO POLITICO.

Redaccion y Administracion: San Pedro Nolasco 7, entresuelo.—Precio mensual: 1'25 pesetas en toda España.

Año I.

Palma Viernes 18 de Agosto de 1882.

Núm. 183

### VAPORES-CORREOS.

Salidas.—Domingo 8 m. Ibiza y Alicante.—Lunes 4 t. Mahon.—Martes 4 t. Barcelona.—Miércoles 2'45 t. Mahon por Alcedia.—Jueves 4 t. Valencia.—Sábado 2 t. Barcelona por Alcedia.  
Entradas.—Lunes 7 m. Valencia.—8 m. Mahon por Alcedia.—Miércoles 3 t. Ibiza y Alicante.—Jueves 7 m. Mahon, 10 1/2 Barcelona por Alcedia.—Sábado 7 mañana Barcelona.

### FERRO-CARRILES.

Servicio de trenes.—De Palma á Manacor 3'15 (m.º) 8'10 m. y 2'45 t.—De Palma á la Puebla 3'15 (m.º), 8'10 m. 2'45 y 4'15 (m.º), t.—De Manacor á Palma y La Puebla 3'15 (m.º), 8 m. y 4'5 t.—De La Puebla á Palma 4 (m.º), 8'25 m. y 5'30 t.—De La Puebla á Manacor 4 (m.º), 8'25 m. y 3'15 t.—Tren periódico los dias de mercado en Inca.—De Inca á Palma 2 t.

## LOCAL.

### COLEGIO DE SANTA TERESA.

En este establecimiento de enseñanza se han celebrado últimamente las oposiciones para optar á las medallas que en número de dos por asignatura destina el Sr. Cruellas á sus alumnos más aplicados. Este año se ha aumentado el número de premios en consideración á que el Establecimiento celebra el centenario de su ínclita abogada, concediéndolos á todos los que, á juicio del jurado, fueran merecedores de ellos.

El resultado obtenido es la más elocuente prueba de la aplicacion de los alumnos y el dato que habla más alto en favor de los recompensados desvelos de su digno Director Sr. Cruellas.

### CLASES DE 2.ª ENSEÑANZA.

#### GEOGRAFÍA.

Medalla de 1.ª clase.—D. Pablo Portell Gomez.—D. Bartolomé Borrás Ortellí.—D. Lorenzo Barceló Domenech.

Medalla de 2.ª clase.—D. Francisco Nicolau Horrach.—D. Miguel Florentino Caparó.

#### PRIMER AÑO DE LATIN.

Medalla de 1.ª clase.—D. Pablo Portell Gomez.—D. Bartolomé Borrás Ortellí.—D. Lorenzo Barceló Domenech.

Medalla de 2.ª clase.—D. Francisco Amorós Alcinas.

#### HISTORIA DE ESPAÑA.

Medalla de 1.ª clase.—D. Francisco Paralitici Paoli.—D. Pedro Serra Cañellas.—D. Luis Nicolau Horrach.—D. Manuel Rabasa Cirera.

#### HISTORIA UNIVERSAL.

Medalla de 1.ª clase.—D. Francisco Serra Cañellas —D. Antonio Rotger Terradas.

Medalla de 2.ª clase.—D. Ricardo Golardez Rovira.—D. José Sureda Sureda.

#### RETÓRICA.

Medalla de 1.ª clase.—D. José Sureda Sureda.—D. Jaime Ferrer Serrano.

#### ARITMÉTICA Y ALGEBRA.

Medalla de 1.ª clase.—D. Honorato Font Salvá.

#### GEOMETRÍA.

Medalla de 1.ª clase.—D. Francisco Serra Cañellas.

#### LÓGICA.

Medalla de 2.ª clase.—D. Francisco Serra Cañellas.

#### INSTRUCCION PRIMARIA.

Medalla de 1.ª clase.—D. José Muñiz Perez.—D. Antonio Codina Bastiones.—D. Juan Sureda Gomez.—D. Gabriel Fiol Bauzá.—D. Segundo Casas Seguí.—Don Emilio Villalonga Boneo.—D. Quintín Muñiz y Perez.

Medalla de 2.ª clase.—D. José Mezquida Bastione.—D. Enrique Moyá Ponzini.—D. José Pilar Tírolt.—De Geografía el niño Diodoro Ordinas Cruellas.

#### CALIGRAFÍA.

Medalla de 1.ª clase.—D. Gabriel Ferrer Alemañy.—D. Quintín Muñiz Perez.—D. José Muñiz Perez.—D. Gabriel Fiol Bauzá.—D. Emilio Villalonga Boneo.—D. Antonio Codina Bastione.

Medalla de 2.ª clase.—D. Abelino Xatruch Martí.—D. Francisco Serra Cañellas.—D. Juan Simonet Orell.

Mencion honorífica de 2.ª clase.—D. Enrique Mayá Ponzini.—D. Juan Sureda Gomez.—D. Segundo Casas Seguí.—Don José Mezquida Bastione.—D. José Pilar Tírolt.

### CLASES DE APLICACION.

#### ARITMÉTICA MERCANTIL.

Medalla de 2.ª clase.—D. Rafael Ferrer Alemañy.—D. Abelino Xatruch Martí.

Mencion honorífica de 2.ª clase.—Don Juan Simonet Orell.

#### TOPOGRAFÍA.

Medalla de 2.ª clase.—D. Abelino Xatruch Martí.

Mencion honorífica de 1.ª clase.—Don Rafael Ferrer Alemañy.

#### CLASE DE MÚSICA.

##### PIANO.

Medalla de 2.ª clase.—D. Lorenzo Barceló Domenech.

Mencion honorífica de 1.ª clase.—Don Manuel Rebasá Cirera.—D. Juan Simonet Orell.

##### SOLFEO.

Mencion honorífica de 1.ª clase.—Don Antonio Codina Bastione.—D. Juan Sureda Gomez.

Mencion honorífica de 2.ª clase.—Don José Mezquida Bastione.—D. Ricardo Golardez Rovira.

#### CLASE DE FLAUTA.

Medalla de 2.ª clase.—D. Francisco Paralitici Paoli.

El órgano embolado vuelve á destemplarse.

Con motivo de las apreciaciones hechas (en lo que es muy dueño) por nuestro corresponsal en Madrid, que semanalmente nos favorece con sus correspondencias políticas, sobre la marcha que cree conveniente debe seguir nuestro dignísimo Gobernador civil señor Larroca, para ejercer el mando de un modo bienhechor y de concordia, se permite *El Constitucional* consideraciones que nos serían ofensivas sino conociéramos su origen; y como si escribiera para los antípodas habla de la silva que recibieron dos antecesores en el Gobierno de esta provincia.

Desde Febrero de 1881 hasta el mes corriente, hemos tenido tres Gobernadores: el señor Gutierrez de la Vega, que hizo las elecciones en que resultó Diputado el señor Mesa; el señor Fábregas de Medina, que no encarceló á nadie ni cometió ningun atropello; y el señor Somozy, á quien no queremos calificar.

¿De estos tres Gobernadores, cuáles fueron los dos que recibieron la silva? Desearíamos que nos lo dijera el colega.

Si un consejo nuestro pudiera serle aceptable, le recomendaríamos que se ocupase menos de política personal y más de verdadera política, procurando orillar las dificultades que, para el Gobierno liberal dinástico, no están aún del todo desvanecidas en esta provincia.

Si batalla quiere, cuidese del aplazamiento que casi diariamente le propina nuestro apreciable colega *La Opinion*.

No es zorrillista ni martista nuestro colega *El Demócrata*: es simplemente demócrata progresista.

Pero es el caso, caro colega, que Martos y Ruiz Zorrilla, ambos demócratas progresistas disienten abiertamente y constituyen cada uno de ellos una secta distinta.

Necesario es por lo mismo definir actitudes, é ir al vado ó á la puente.

Asegura terminantemente que acepta el credo del partido democrático progresista, bien definido y concreto... Concreto y... bifureado.

¿Ha echado á andar el colega por uno ú otro lado? Lo que ha hecho ha sido imitar á esos viajeros que dejan la rienda suelta á la cabalgadura abandonándose á su instinto.

Sólo que la cabalgadura de *El Demócrata* (pase la metáfora) tiene poco instinto y afición á colarse hacia el pesebre que esté más cerca.

Entre los acuerdos que adoptó esta Excm. Diputación provincial al discutir los presupuestos para el presente año económico, figura la solicitud dirigida al Gobierno de S. M. para establecer en este Instituto de segunda enseñanza las asignaturas necesarias para obtener el título de perito mercantil.

Dimos oportunamente cuenta á nuestros abonados del expediente incoado con tal objeto, y hoy podemos añadir que por Real orden de 5 del actual se ha accedido á los deseos del Cuerpo provincial, autorizándose la creación de las cátedras de práctica de contabilidad, correspondencia y operaciones mercantiles, Economía política y Legislación mercantil en la forma económica que se había propuesto, dándose al propio tiempo las gracias á dicha Corporación por su celo en favor de la enseñanza.

Regularmente se planteará la mejora en el próximo año escolar, pues se halla consignada en presupuesto la cantidad necesaria.

Podrá por lo mismo seguirse en Palma aquella importante carrera hasta obtener el título oficial consiguiente, en beneficio notorio de nuestros paisanos que no podrán menos de agradecer los esfuerzos de la Diputación provincial para cumplir la importante misión que le está confiada.

Hoy se ha reunido la Comisión provincial para fallar incidencias de quintas.

En breve se verificará el derribo de la fachada del edificio que ocupa la excelentísima Diputación provincial y sin demora se procederá al levantamiento de la nueva y al arreglo de las dependencias.

Se ha destinado á estas obras el producto en venta del huerto de Capuchinos, con lo cual se llevarán á cabo, sin gravar el presupuesto de la provincia, pues la renta que se conseguía de aquel inmueble sobre ser insignificante, apenas bastaba para atender á los gastos de su entretenimiento y conservación.

Segun nos comunican de Barcelona, anteayer llovió bastante en aquella ciudad. En esta isla solo sentimos ayer algo más fresca la brisa, y las nubes que se cruzaron nos daban alguna señal de lluvia, que si se demora, redundará en perjuicio de nuestros agricultores y para la salud pública.

Recordamos á nuestros lectores que hoy han empezado los cinco días concedidos por la Delegación del Banco de España en esta provincia, para pagar, sin recargo, las cuotas de los dos últimos trimestres de subsidio industrial.

Sabemos de muchos industriales que se hallan dispuestos á aprovechar el beneficio de la condonación de apremios, y que hoy mismo satisfarán su contribucion.

Hemos sido atendidos. El farol que las ordenanzas municipales prescriben para alumbrar los derribos ó nuevas edificaciones pende por fin sobre las consabidas tornapuntas de cierta casa en la calle de *Estudio General*.  
Gracias mil á quien corresponda.

Varias son las quejas que han llegado hasta nosotros sobre el abuso que cometen ciertos vecinos del barrio de *Santa Catalina* con motivo de la fiesta callejera que celebra en estos dias. No satisfechos en obstruir la vía pública por medio de los tablados para músicos, se aglomera la gente en derredor de ellos de tal mo-

do, que en ciertas horas se hace imposible por completo el cruce de carruajes, siendo ello abocado en la presente estación á conflictos y desgracias por ser muy transitada actualmente la calle principal de dicho barrio.

Suplicamos á la autoridad local, haga comprender á dichos vecinos, que el servicio público debe ser atendido con preferencia á las diversiones.

Ayer tarde á la hora de itinerario salió de nuestro puerto para Valencia el vapor-correo *Lulio*.

Tomamos de nuestro estimado colega *La Opinion* los siguientes sueltos:

«Es un dolor que D. José Estade no haya pertenecido á la benemérita clase militar, porque como todas las hazañas se anotan en la hoja de servicios, las de aquel rigido señor estarían registradas con la mayor escrupulosidad, y nosotros tendríamos la honra de pedir al Juez del distrito de la Catedral que se uniera á los autos.

¡Cuántas cosas leería el señor Márques y Búrgos!»

«No bastándole á D. José Estade la denuncia de los periódicos *El Ancora* y *La Opinion* ha citado á juicio de conciliación á D. Miguel Maura, Presbítero, por la supuesta injuria y calumnia que el susceptible teniente de Alcalde ha creído ver en el suelto que conocen nuestros lectores y que gratuitamente atribuye á dicho señor.

Esta visto que el teniente multado no muestra afición mas que al ruido.

¡Cuanto ganaría el país si desplegara el mismo celo en el cumplimiento de sus deberes!»

«Como le sonrie la fortuna á D. Pepe Estade, Teniente infractor de las ordenanzas municipales; ¡Quien le habia de decir que su nombre llegara á figurar al lado de los respetables de D. Miguel Maura, Pro, y D. Juan Burgues Zaforteza, que ya han declarado en la causa que á instancia suya se sigue contra *El Ancora* y *La Opinion*! ¡Quien le habia de decir tambien que su excelsa autoridad habia de colocarse al lado del humilde redactor de este periódico, escogido por el como víctima propiciatoria.

Felicitemos al integérrimo Teniente que de hoy cuenta un título más para ser colgado entre los hijos ilustres del país que figuran en el Consistorio donde luce sus raras dotes nuestro denunciador.

En el teatro-Circo Balear tendremos el gusto de ver mañana por la noche á la estática Emma Zanardelli que tanto ha ocupado la prensa y el público por sus curiosos experimentos de magnetismo humano.

### Telegramas Particulares.

Madrid 17 á las 4'45 t.

(Recibido el 18 á las 12'4 m.)

Témense nuevos trastornos en Andorra.

Confírmase la fuga del cabecilla Maceo.

La disenteria causa estragos en Alejandría.

El Banco de Inglaterra ha bajado el descuento.

Los ingleses preparan un ataque contra Abu kis.

Interior, 28'45.

Exterior, 30'20.



### SAN FRANCISCO DE ASIS.

(SIGLO XIII.)

Digimos ya que el estudio histórico de doña Emilia Pardo Bazan titulado *San Francisco de Asis*, alcanzaba las proporciones de un acontecimiento literario.

El mejor testimonio que de nuestro aserto podemos dar á los lectores es la reproducción de algunas páginas del citado libro. Pertenecen á la Introduccion del misuo, la cual forma por sí sola un verdadero libro que, en rápida síntesis, abarca el curiosísimo periodo de la Edad Media.

De este admirable escenario, delineado con trazos vigorosísimos y luminosos por la señora Pardo Bazan, donde han de sucederse los dramáticos episodios de la vida del fundador de la orden seráfica hemos tomado, á la ventura, algunos párrafos.

Seguros estamos que cualquiera que sean han de lisonjear al que los leyere, como ensalzan y encumbran al que los escribió.

Unánimes lo afirman crítica y poesía, reflexion y sentimiento: las catedrales son la más sublime expresion artística de la Edad Media.

En una particularidad convienen la arquitectura y literatura medioevales: inferiores en la elegancia y correccion á las de la antigüedad, son más ricas en ideas y sentinos: hacen vibrar más cuerdas del alma humana. No sentimos en el ático del Partenon lo que bajo las bóvedas de las catedrales.

El Partenon es para nosotros ánfora volcada, urna vacía; sólo el erudito explica y comprende. La catedral, por desierta y desmoronada que se halle, nos habla de cuanto amamos.

Y es que nuestra edad, nuestra patria y nuestro vivir comienzan á la sombra de la catedral. Iniciase la época de prosperidad y desarrollo de la arquitectura ojival despues de que trascurre el terrible año 1000; despues de que la sociedad se cree segura de la existencia, y Europa de su unidad y poderío. Antes de tal fecha, es la historia de Europa acceso de pánico continuo profundo, universal. Jamás atravesó la raza humana tan prolongado periodo de terror, tan duradera crisis de miedo é incertidumbre; ni semana tranquila, ni día seguro; plaga tras plaga, desastre tras desastre.

Prescindamos del tiempo en que los bárbaros del Norte se derrumbaban periódicamente sobre la zona templada y meridional de Europa, sin mas objeto ni propósito que destruir. No bien sus hordas movibles se fijan y aceptan la vida civil y social, otros azotes las reemplazan: los furibundos piratas normandos, los reyes de mar, los Lodbrogos, los Hastings, cuyas huestes se arrojan los niños, por solaz y recreo, de lanza á lanza. Cuando las barcas escandinavas, que en su figura imitan la del dragon ó la serpiente, asoman en el horizonte, entre la niebla que envuelve la costa; cuando resuena el toque agudo de las trompas de marfil, tiembla de pavor la ribera; los abades cargan con las reliquias, las mujeres con sus hijuelos, los hombres antecogen sus ganados, y la muchedumbre espantada se refugia al interior. Venían los temibles invasores de la region ártica de Noruega ó de las islas del Báltico: eran todavía paganos, adoradores de Odín, consideraban á los germanos que abrazaran el cristianismo traidores y apóstatas, y desagrevaban á su ultrajada y sanguinaria deidad destruyendo cuanto podían, arrasando iglesias, dando piensó á sus caballos en los altares, asesinando clérigos y monjes. Cuando incendiaban algun territorio cristiano decian mofándose:—«Los hemos cantado la misa de las lanzas: comenzó de madrugada y terminó á la noche.»—Llegaban, cuando ménos eran esperados, en sus embarcaciones, frágiles, pero rápidas y obedientes al timon como el amaestrado corcel al freno; á Inglaterra abordaron un número tal que pudieron apoderarse del reino todo, no sin oprimir récivamente á las poblaciones y quemar y entrar á de-

güello los monasterios. De tal suerte se atrincheraba y resistía el paganismo en las nebulosas y vagas regiones del Septentrion, cercando como cintura de hierro la Europa cristiana. Los dioses de la mitología escandinava, expulsados de sus selvas, se refugiaban en los páramos glaciales, y no quieren morir aún. Hasta el año 1000 no aceptan los suecos del cristianismo, que les impone Oloa; hasta el siglo XII no se ven extirpados los restos del culto antiguo. En el X, la pagana Drahomira vierte la sangre de San Wenceslao de Bohemia; en el XI, perece en testimonio de su fé el príncipio Godescalco. Uladimiro el grande de Rusia, que andando el tiempo depuso su antigua ferocidad y recibió el bautismo, ofrecía á sus ídolos, á fines del siglo X, sacrificios humanos. Uno de los pueblos que infundió más terror, por las crueldades y desafueros que acompañaban á sus correrías, eran los húngaros, cantábanse letanias en las iglesias para pedir á Dios que libertase á los fieles de la furia de aquellos bárbaros, que á trueque de matar cristianos, abrian el vientre á las mujeres en cinta; y hasta que un rey santo, Esteban, mojó la cabeza de los magiares con el agua bautismal, no alborearon paz y cultura en el país que habia de ser patria de Santa Isabel.

Más no eran los pueblos del Septentrion única amenaza, única pesadilla de Europa, ni solamente de las tristes regiones polares salian los invasores: tambien las comarcas donde nace el sol enviaban huestes devastadoras, alfange en mano. Tiempo hacia que los sarracenos acechaban á España: abríóles la traicion sus puertas, y dueños ya de lo que fué solar de la monarquía goda, fijaron codiciosa mirada en las Galias: lograron establecer en Narbona una colonia: ante Tolosa los detuvo el duque Eudo, pero con dobladas fuerzas volvió á intentar Abderraman la conquista, no sólo de Tolosa, sino de toda Francia; y lo conseguiría quizá, á no presentarle el ejército de Carlos Martel dique formidable—«una fortaleza de hielo»—dice el cronista: á dicha fué que los acorazados pechos resistieron la embestida, las agudas espadas francas segaron la mies sarracena, y Europa se salvó. No renunciaron, sin embargo, los árabes á caer de tiempo en tiempo sobre las Galias ejerciendo el pillaje, ni de apoderarse de Provenza. Para contener un tanto sus atrevidas incursiones fué preciso el hérbico esfuerzo de la reciente nacionalidad española; pero á pesar del freno que España les impuso, de las costas púnicas salian continuamente flotillas de corsarios sarracenos, á infestar el Mediterráneo. Penetraron en Cerdeña, y por largo tiempo no alcanzaron á desalojarlos de allí los Papas. Las infelices villas del Mediodía hallaban á cada instante el fuego y el hierro dentro de sus muros; Marsella fué saqueada dos veces en diez años; Borboña, Italia, hasta Suabia sufrieron las rápidas embestidas de los infieles; la bella Sicilia cayó en su poder, y Palermo se convirtió en córte de emires. Aterradas las poblaciones de Calabria, se sometían al Rey africano, y éste les ordenaba anunciar su próxima llegada á la ciudad de *Pedro el viejo*, á Roma, centro y luz de la cristiandad. Y en efecto, presto las teas musulmanas incendiaron los arrabales de Roma. Refiere un cronista de la época, que cuando volvían cargados de botín los invasores, cerca ya de Palermo hallaron una barca tripulada por dos figuras sombrías, un clérigo y un fraile.—«¿De dónde venís?»—preguntaron éstos á aquéllos.—«Volvemos de la ciudad de Pedro»—contestaron: hemos saqueado su oratorio, devastado el país, derrotado á los francos y quemado los conventos de San Benito. Y vosotros, ¿quién sois?»—«¿Quién somos? Vais á saberlo»—respondieron los aparecidos;—y al puuto se levantó furiosa tempestad, que tragó la flota entera.

Afligido por las incursiones de los infieles á orillas del Tiber, decia el Papa al Rey de Francia:—«Corre sangre de cristianos: los que se libran del fuego y de la espada, son arrastrados á esclavitud, á eterno destierro. Ciudades villas y aldeas perecen y se despueblan; los dispersos

obispos no hallan más refugio que la Sede de los apóstoles: los templos son guarida de bestias feroces. Ahora si que es tiempo de exclamar: ¡Felices las estériles, cuyos pechos no amamantaron!»—Este gemido de dolor es el que por todas partes resuena en la primera época de la Edad Media. Sí, la vida—era triste y angustiosa para Europa, cuando ni en las costas ni en el interior era posible disfrutar instante de sosiego, ni sembrar grano de simiente sin recelo de que sarracenos, escandinavos ó húngaros viesesen á quemar la ya granada mies; en que las madres criaban hijos para verlos partir encadenados y mutilados á la esclavitud, cuando no muertos en sus mismos brazos. Siglos de zozobra y amenaza, tienden un velo de penetrante melancolía sobre las crónicas, las leyendas y las narraciones todas que de ellos proceden.

Si consideramos semejante estado de perenne temor, unido al hérbico propósito de defensa que animaba á la cristiana Europa, pasma que existan historiadores capaces de acusar á la Iglesia, porque alguno de sus miembros tomó las armas para rechazar al enemigo.

Sería absurdo en verdad que el cristianismo, habiendo regenerado y constituido ya las naciones, tendiese el cuello á sus verdugos lo mismo que cuando habitaba las catacumbas de Roma.

Fácil es decir hipócritamente al cristiano: Sufre, perece, aniquílate.—¡Inícuo sofisma, que señala al cristianismo, por desenlace y fin supremo, su propio exterminio, su desaparicion de la haz de la tierra!

No basta que el sacerdote enseñe: hay ocasiones en que la doctrina pide la accion. Cuando los sarracenos llegaron á adelantarse hasta los arrabales de Roma, un Papa, elegido precipitadamente para la sede vacante, Leon IV, se puso á la cabeza de ciudadanos y tropas, y encendiendo los ánimos con su denuedo, acorraló á los invasores hasta la orilla del mar.

Al allanar los dinamarqueses sus monasterios, los monjes sajones se distribuyeron en dos bandos; viejos y niños abrieron las puertas á los piratas, y estóticamente se dejaron martirizar y degollar; pero los mozos fuertes, unidos con el pueblo, se parapetaron tras las macizas murallas conventuales, y se defendieron cuanto fué posible con flechas y piedras.

En casos tan apretados, si el obispo es un anciano, un santo, se pone en oracion, como nuestro San Gonzalo, y el mar se sorbe las naos del invasor, ó se alza un remolino de polvo que ciega á su ejército. Pero si es hombre robusto, arde su sangre, y estándole vedado manejar la espada, toma una maza y con ella ejecuta proezas. Así unas veces muriendo y otras luchando, la iglesia se asoció á las tribulaciones de los fieles, y su corazón latió al compás del de Europa.

A tantas pruebas y calamidades como ejercitaron la paciencia del mundo cristiano en la primera mitad de la Edad Media, hay que añadir la más profunda quizá; la alarma trágica del milenario. Pensaron las gentes ver expresamente consignado en el Evangelio que el año 1000 de la Encarnacion de Cristo habia de concluirse el mundo y perecer toda la raza humana.

Es apocalíptico y tremendo el cuadro de la miseria que sobrevino. Los hombres roían las raíces de árboles, arcilla, hierbas; cuando aún eso les faltó, apoderóse de ellos la rabia y se saciaron de carne humana. A la puerta del convento en que Rabano Mauro distribuía á los indígenas viveres y socorros, se representó drama conmovedor: una pobre madre cayó desmayada de hambre, y la criatura que colgaba de su seno continuó buscando en él los manantiales ya agotados de la vida: los que contemplaban escena tan desgarradora, rompiendo—á pesar del endurecimiento que causa la desdicha comun—en copiosas lágrimas, pero un hombre cruel, que mendigaba con su mujer, iba ya á arrojarse sobre el niño para devorarlo, cuando acertó á divisar, no lejos de allí, dos lobos despedazando á un cervatillo: atacólos y arrebatándolos

les su presa, se satisfizo y aún partió con la infeliz madre, que ya habia recobrado los sentidos, la sangrienta vianda.

Al pálido espectro del hambre se unió su negro compañero, la peste, uno de esos contagios extraños de la Edad Media cuyos sintomas consistían en despegarse la carne de los huesos y caer podrida y deshecha.

No es mucho que el orbe convirtiese la mirada del cielo, implorando piedad; que los Reyes envidiasen á los monjes; que los claustrós se viesesen asaltados por muchedumbres que en masa querían sepultarse allí, morir siquiera en paz, sin ver tantos horrores; que el pueblo humedeciese con lágrimas y puliese con sus rodillas la piedra del umbral de los santuarios; que las sacras reliquias fuesen llevadas procesionalmente por calles y plazas, y que los ricos, esperando, según expresamente declaraban, el fin del mundo, legasen á las iglesias todo cuanto poseían.

La actividad humana se habia paralizado: ocioso fuera edificar ni labrar la tierra, cuando iba á deshacerse y aniquilarse al son de la trompeta final. Mas el abatimiento que precedió á la temida fecha sólo puede compararse con el júbilo de la humanidad al ver que pasaba, y que el sol continuaba brillando en el cielo, y germinando los campos; y la naturaleza inalterable en su serenidad majestuosa.

Los terrores del milenario influyeron mucho en la ignorante multitud, bien poco en los grandes; pero bastó, porque el arte que va á nacer saldrá del pueblo: arquitectura ojival, música, poesía, romance, todos los capullos prontos á abrirse, todas las ideas ansiosas de manifestarse, infundidas por la melancólica impresion del pasado y las esperanzas risueñas del porvenir, flotan en la masa popular, y sólo guardan un instante de tranquilidad para desenvolverse: conjurado el fantasma del año 1000, álzanse do quiera las catedrales.

La catedral, gigante de piedra, necesita voces que salga del ancho pulmon de sus naves, y expresen la profundidad del sentir, el recogimiento del espíritu y la eficacia y ardor de la plegaria.

Un acento poseía ya, pero aislado, solitario, los modos ambrosianos, aboliendo el ritmo, no habian logrado establecer la diafonía, la sucesion de sonidos, y aquel canto parecia huérfano, monótono, sin fuerza para llenar la vasta cavidad del edificio: convenia algo que imitase el poderoso conjunto de las voces del pueblo, al elevarse desde el ábsido hasta las bóvedas, como un himno. El empleo de sonidos diversos y simultáneos comenzó en el siglo IX; y pasada la época del terror se propagó en las iglesias la gran sinfonia religiosa, el órgano. ¿Cómo empezó? ¿Donde sonaron por vez primera sus acordes sublimes?

No se sabe: ignorado como el de los arquitectos, permanece el nombre de los maestros organeros; y sin embargo, complicada y difícil debia ser la construccion de instrumentos colosales: el órgano de Alherstad necesitaba diez personas que diesen á los fuelles; el de Magdeburgo doce; el enorme de Winchester, setenta.

Asi como la catedral es la más perfecta creacion arquitectónica religiosa, el órgano es la más acabada obra religiosomusical, sus múltiples armonías, que brotan de un soplo mismo, son como la diversidad de formas que adopta la fe en las almas; las notas, ya graves, ya sonoras, ya agudas, que unidas fluyen como raudal inmenso de sonidos, parecen imagen de la Iglesia, donde confesores, mártires, monjes, vírgenes alzan á un tiempo sus voces diversas para dar testimonio de Cristo.

Por modo maravilloso despierta el órgano la impresion misma que produce toda la catedral: la idea de lo infinito, contenida en sus sonos que pueden prolongarse y durar á medida de su deseo, en su vibracion ligada y misteriosa. A esta voz interior de la catedral contesta otra desde lo alto de las torres, grave y amorosa, que convoca al pueblo: la campana.

Hoy que en cualquier teatro ó concierto es dado escuchar música clásica, no comprendemos lo que fueron campana y órgano para el hombre de la Edad Media, contemplativo y creyente.

Ambos instrumentos expresaban lo que él no podía: meditaciones, éxtasis, clamores del alma sedienta de Dios: todos los cantos del poema religioso, y al mismo tiempo, la recobrada paz. Al disipar el terror, al surgir las catedrales, ataviadas, animadas por la campana y el órgano, vestidas, animadas de luz y colores, comienza la segunda época de la Edad Media, cuyo glorioso apogeo fué el siglo XIII.—EMILIA PARDO BAZÁN.

#### JOSE M. PEREDA.

.....Y ahora que estamos solos, impaciente lector en la antesala de un libro, esperando á que se nos abra la mampara del primer capítulo, voy á hablarte de aquel buen amigo cuyo nombre viste al entrar estampado en el frontispicio de este noble alcázar de papel en que por ventura nos hallamos. Y no voy á hablarte de él porque su fama, que es grande aunque no tanto como sus méritos, necesite de mis encomios, sinó porque me mueve á ello un antojo, tenaz deseo mas bien, ó quizás imperioso deber, nacido de impulsos diferentes. El motivo de que haya escogido esta ocasión ha sido puramente fortuito y no ha dependido de mí. Desde hace mucho tiempo tenía el propósito de ofrecer á aquel maestro del arte de la novela un testimonio público de admiración, en el cual se vieran confundidos cariño de amigo y fervor de prosélito. Cada nueva manifestación del fecundo ingenio montañés me declaraba la oportunidad y la urgencia de cumplir el compromiso conmigo mismo contraído; luego los quehaceres lo diferían, y por fin, solicitado de un activo editor, que incluye en su Biblioteca el último libro de Pereda, veo llegada la mejor coyuntura para decir parte de lo mucho que pienso y siento acerca del autor de las *Escenas Montañesas*; acepto con gozo el encargo, lo desempeño con temor, y allá va este desordenado escrito que debe ponerse al fin del libro, pero que, por determinación superior, se coloca al principio contra mi deseo. Ni es prólogo crítico, ni semblanza, ni panegírico: de todo tiene un poco, y has de ver en él una serie de apreciaciones incoherentes, recuerdos muy vivos y otras cosas quizás que no vienen á cuento; pero á todo le daré algún valor la escrupulosa sinceridad que pongo en mi trabajo y la fé con que lo acometo.

Veo que te haces cruces ¡que simpleza! pasmado de que al buen montañés le haya caído tal panegirista, existiendo entre el santo y el predicador tan grande desconformidad de ideas en cierto orden. Pero me apresuro á manifestarte que así tiene esto mas lances, que es mucho mas sabroso y, si se quiere, mas autorizado. Véase por donde lo que se desata en la tierra de las creencias es atado en los cielos puros del arte. Esto no lo comprenderán quizás muchos que arden con *stridor dentum* en el infierno de la tontería, de donde no les sacará nadie. Quizás lo lleven á mal muchos condenados de uno y otro bando, los unos encaperuzados á la usanza monástica, otros á la moda filosófica. Yo digo que *ruja la necesidad*, y que en este piadoso escrito no se trata de hacer metafísicas sobre la gran disputa entre Jesús y Barrabás. Quédese esto en lo mas hondo del tintero, y á quien Dios se la dió, Cervantes se lo bendiga.

Andando.

Conoció á Pereda hace once años cuando habia escrito las *Escenas Montañesas* y *Tipos y Paisajes*. La lectura de esta segunda colección de cuadros de costumbres impresionó mi ánimo de la manera mas viva. Fué como feliz descubrimiento de hermosas regiones no vistas aún, ni siquiera soñadas. Sintíendome con tímida afición á trabajos semejantes, aquella admirable destreza para reproducir lo natural, aquel maravilloso poder para combinar la verdad con la fantasía y aquella forma llena de vigor y hechizo me revelaban la nueva dirección del arte narrativo, dirección que mas tarde se ha hecho segura é invariable, obteniendo al fin un triunfo en el cual ha llevado su iniciador parte principalísima.

Algunos de aquellos cuadros, principalmente el titulado *Blasones y Talegas*, produjeron en mí verdadero estupor y esas vagas inquietudes del espíritu que se resuelven luego en punzantes estímulos ó en el cosquilleo de la vocación. Es que las obras mas perfectas son las que mas incitan, por su aparente facilidad, á la imitación. Luego viene, como postrer di-

ploma de su mérito, la inutilidad del esfuerzo de los que quieren igualarle, y tratándose de aquella y otras obras de Pereda, hay que darles á boca llena y sin género alguno de salvedad el dictado de *desesperantes*. Son de privilegio exclusivo y... ¡Ay del infeliz que ponga la mano en ellas! No le quedarán ganas de volverlo á hacer.

Como iba diciendo, la lectura de estas maravillas, despues de aquel pasmo que en mí produjo, infundióme un deseo ardiente de conocer el país, fondo ó escenario de tan hermosas pinturas. Suponia en él la misma originalidad, la propia frescura, gracia y acento de las *Escenas*, y figurábame que así como éstas no tienen rival, aquel no debía de tener semejante en el ramo de países. Esto me llevó á Santander; el simple reclamo de un prolista fué primer motivo y fundamento de esta especie de ciudadanía moral que he adquirido en la capital montañesa.

En la puerta de una fonda vi por primera vez al que de tal modo cautivaba mi espíritu en el órden de gustos literarios, y desde entonces nuestra amistad ha ido endureciéndose con los años y acrisolándose ¡cosa extraña! con las disputas. Antes de conocerle, habia oido decir que Pereda era ardiente partidario del absolutismo, y no lo queria creer. Por mas que me aseguraban haberle visto en Madrid, nada me osos que figurando como diputado en la minoría carlista, semejante idea se me hacia absurda, imposible; no me cabia en la cabeza, como suele decirse. Tratándole despues, me cercioré de la funesta verdad. El mismo hechando pestes contra lo que me era simpático, lo confirmó plenamente. Pero su firmeza, su tesón puro é independiente y la noble sinceridad con que declaraba y defendía sus ideas, me causaban tal asombro y de tal modo informaron y completaron á mis ojos el carácter de Pereda, que hoy me costaría trabajo imaginarle de otro modo, y aún creo que se desfiguraria su personalidad vigorosa, si perdiera su acentuada consecuencia y aquel tono admirablemente sombrío. En su manera de pensar hay mucho de su modo de escribir: el mismo horror á convencionalismo, la misma sinceridad. Otra circunstancia hace excepcional su proselitismo, y la exime de las censuras á que viene expuesta toda opinión radical en nuestros dias; me refiero á su preciosísima independencia que le aísla de los manejos de todos los partidos, incluso el suyo.

Dicho esto, quiero añadir que Pereda es, como escritor, el hombre mas revolucionario que hay entre nosotros, el mas anti-tradicionalista, el emancipador literario por excelencia. Si no poseyera otros méritos, bastaría á poner su nombre en primera línea la gran reforma que ha hecho, introduciendo el lenguaje popular en el lenguaje literario, fundiéndolos con artes y conciliando formas que nuestros retóricos mas eminentes consideraban incompatibles. Empresa es esta que ninguno acometió con tantos bríos como él, y en realizarla todos se quedan tamañitos á su lado. Una de las mayores dificultades con que tropieza la novela en España consiste en lo poco hecho y trabajado que está el lenguaje literario para asimilarse los matices de la conversacion corriente.

Los oradores y los poetas le sostienen en sus antiguos moldes académicos, defendiéndole de los esfuerzos que hace la conversacion para apoderarse de él: el terco régimen aduanero de los cultos le priva de la flexibilidad. Por otra parte la prensa, con raras excepciones, no se esmera en dar al lenguaje corriente la acentuación literaria, y de estas rancias antipatías entre la retórica y la conversacion, entre la academia y el periódico, resultan infranqueables diferencias entre la *manera de escribir* y la *manera de hablar*, diferencias que son desesperacion y escollo del novelista.

En vencer estas dificultades nadie ha adelantado tanto como Pereda: ha obtenido inmensos resultados y nos ha ofrecido modelos que le hacen verdadero maestro en empresa tan áspera. Cualquiera hace hablar al vulgo; pero ¡cuán difícil es esto sin incurrir en pedestres bajezas! Hay escritores que al reproducir una conversacion de duques resultan ordinarios. Pereda, haciendo hablar á marineros y campesinos, es siempre castizo, noble y elegante, y tiene atractivos, finuras y matices de estilo que á nada son comparables.

Por esto, por sus felicísimos atrevimientos en la pintura de lo natural, es preciso declararle porta-estandarte del realismo literario en España. Hizo prodigios cuando aún no habían dado señales de existencia otras maneras de realismo, exóticas, que ni son exclusivo don de un

célebre escritor propagandista, ni ofrecen bien miradas, novedad entre nosotros, no sólo por el ejemplo de Pereda, sinó por las inmensas riquezas de este género que nos ofrece la literatura picaresca.

Frente al natural, Pereda tiene una energía de asimilación que asusta. Les contornos y tintas que vé, las particularidades que escudriña, los conjuntos y efectos totales que sorprende, maravilla son que nos revelan en él como un poder milagroso. En los *Hombres de pro*, en las páginas culminantes de *Don Gonzalo Gonzalez de la Gonzalera*, y *De tal palo tal astilla* se muestra en toda su riqueza la facultad observadora, la invención sobria y seductora, el culto de la verdad, de donde resultan los caracteres mas enérgicamente trazados y el diálogo mas vivo, mas exacto y humano que es posible imaginar.

Otra cosa, Pereda no viene nunca á Madrid. Para conocerle es preciso ir á Santander ó á su casa de Polanco donde vive lo mas del año, entre dichas domésticas y comodidades materiales que le añaden, como literato, una nueva originalidad á las demás que tiene. Es un escritor que desmiente, cual ningún otro de España, las añejas teorías sobre la discordancia entre la riqueza y el ingenio.

Por no dejar hueso sano al convencionalismo, le ha perseguido y destrozado hasta en esa rutina cursi de que el escritor es un sér esencialmente pobre. Así, en ninguna parte se conoce tan bien á nuestro buen príncipe montañés como en aquellos hospitalarios estados de Polanco residencia placentera y cómoda, asentada en medio de la poesía y de la soledad campestres, entre los variados horizontes y los paisajes limpios y puros de aquella hermosa costa que son su ambiente fresco y su templada luz parece ofrecer al espíritu mayor suma de paz, mas dulces recreos que ninguna otra región de la península.

Y el buen castellano de Polanco, secretario del absolutismo y muy deseoso de que resucite Felipe II para que vuelva á hacer sus gracias en el gobierno de estos reinos, es el hombre mas pacífico del mundo, de costumbres en extremo sencillas, de trato amenisimo, llano y familiar que podría derechamente llamarse democrático. A veces imagino que, por trazas del demonio, la Humanidad pierde el sentido, que el tiempo se desmiente á sí mismo y nos hallamos de la noche á la mañana en plena situación absolutista, llevando adelante la hipótesis, imagino que al autócrata se le ocurre una cosa muy natural, y es elegir para primer gobernante al hombre de mas ingenio de su partido. Tenemos á Pereda de ministro universal. Pues ya podemos hacer lo que se nos antoje, porque de seguro no nos ha de chamuscar ni el pelo de la ropa, y viviremos en la mas dulce de las anarquias.

No sé por qué me figuro que la firmeza de las ideas de Pereda, bien analizada, resultaria mas afecta al órden religioso que al político y no sé, no sé... pero casi podría afirmar que gran parte de aquella intolerancia mordaz, de aquella flagelante y despiadada inquina contra ciertas instituciones desapareciera si el espíritu de nuestro autor no estuviera envidiado y como engolosinado en la observación de los infinitos tipos de ridiculez que sabe ver y calificar como nadie, tipos que él atribuye, con ingeniosa parcialidad, al sistema político dominante en todo el mundo y que en realidad aparecen contenidos en él por lo mismo que el tal sistema abarca la porción mas grande de la sociedad... Eso sí hombre que tenga en grado mas alto la facultad de ver lo cómico y todos los grados de la ridiculez de sus semejantes, no creo que exista ni aún que haya existido. Posee una perspicacia genial, vista milagrosa y olfato sutil que le permiten penetrar hasta donde no puede hacerlo la grosera observación de la mayoría. Y luego que descubre la pobre victima, allí donde menos se pensaba, la coge en la poderosa zarpa, juega con ella cruel, la destroza, la arroja al fin hecha pedazos. Ejemplos de esta sátira implacable se hallan en sus celebrados libros *Los Hombres de pro* y *D. Gonzalo*, novelas de costumbres políticas, en que la energía de la pintura llega hasta lo sublime, y el espíritu de secta hasta la ferocidad, obras en que el autor ha puesto toda la irritación de su temperamento y todo el vigor de sus ideales extremados. Y no es fácil ni lógico juzgar estos acabados modelos de novela política con un criterio inspirado en ideas de prudencia, que vendría á encerrar la inspiración del artista dentro de límites mezquinos,

Creo que las obras citadas no pueden ser de otra manera que como son. Así salieron, cruelmente sarcásticas y guerreras, de la mente de su autor, y con el ambiente de la imparcialidad perderían todo su vigor y encanto. Por lo demás, la intolerancia que tanto avalora y vigoriza el potente ingenio de Pereda, suele desarmarse en el seno de la amistad, en esos coloquios sostenidos á lo largo de un prado ó por los ángulos y curvas de sombría calleja, con algun huésped de Palanco, allí donde parece no pueden llegar los ecos de la batalla empeñada por esta ó la otra idea de esas que al fin y á la postre, implantadas ó no, modifican poco las partes positivas de nuestra existencia. Fácil es en estos coloquios en que el espíritu parece mas expresivo que la palabra, sorprender en el buen campeón algo de cansancio por tantas y tan crudas batallas como ha reñido en el terreno mas escabroso de todos, que es el de las letras. Y sin esfuerzo de conjeturas, sinó por la lógica misma de las cosas, se viene á comprender que teniendo Pereda su familia, sus libros y sus amigos, no se le importa una higa de lo demás.

Ignoro la edad de mi amigo, y me falta con esto el primer dato para su biografía. Para su retrato me faltan colores. Sólo puedo decir que es hombre moreno y avellanado, de regular estatura, con bigote y perilla de un carácter demasiado español y cervantesco. Posee un retrato suyo, buena pintura y gentil cabeza, con valona y ropilla, al cual es necesario dar el tratamiento de *usarcé*. Tratándose de temperamentos nerviosos, hay que postergarles á todos para dar diploma de honor al de mi amigo, á quien frecuentemente es preciso reprender como á los niños, para que se le quiten de la cabezamil apresiones y manías. Hay quien le dice que todas estas *ruineras* son pretexto de la pereza, y se le receta para curarse una medicina altamente provechosa para el médico, es decir que se tome medio millar de cuartillas y que nos haga una novela. Recuerdo una temporada en que dió en la flor de que se iba á caer en medio de la calle y salía con precauciones mil y temores muy graciosos. Sus amigos le recetaban que se pudiese al telar. No queria ni á empujones hacerlo; pero tanto se bregó con él, que el infeliz término de todo aquel desconcierto nervioso fué la encantadora novela *De tal palo tal astilla*.

Para concluir. Es Pereda un hombre harto de bienestar, privilegiado sujeto en quien concurren dones altísimos como su poderoso ingenio, que le hace figura de primera magnitud en las letras españolas, su bondad y nobles prendas, y todo lo demás que ensancha y florea el camino de la vida. Por tener tan variados tesoros y ninguna pena, suele preocuparse de pequeneces, y las contrariedades del tamaño de piedrecilla se le agrandan como montaña que obstruye el paso. Cualquier contratiempo en la impresión de sus libros, la tardanza de un editor ó, *pinto el caco*, la falta del cumplimiento del compromiso de un amigo le hacen cavilar, y ponen en apretadísima torsion todo el cordaje de aquella incansable máquina de sus nervios.

Por eso, si el no haber escrito estas líneas antes de ahora, es causa de que tú, desesperado lector, no hayas podido gustar antes este libro campesino y esencialmente montañés. *El sabor de la Tierrauca*, flor la mas pura quizás del ingenio de Pereda, á ti antes que á él pido perdón, aunque ambos hayan rabiado igualmente por culpa mia. Y no siento yo la tardanza, sinó que no haya acertado á decir todo lo que sé sobre el originalísimo escritor y maestro incomparable que ha trazado á la novela española el seguro camino de la observación del natural.

Su influencia en nuestra literatura es de las mas grandes que ha podido haber, y la señalarán en toda su extensión el tiempo y la verdadera infalible justicia de las categorías literarias. Muchos le deben todo lo que son y algunos mas de lo que parece. Si este escrito pudiera ser largo, algo mas diria yo, que la brevedad me obliga á dejar de la mano cosas que tal vez no sean necesarias por ser sabidas de todo el mundo, pero que yo quisiera indicar, porque sin indicárlas no me quedo satisfecho. Y es que hablando de Pereda y subiéndole hasta donde alcanzan mis fuerzas de secretario apologista, siempre me parece que no le enaltezo bastante, y quisiera volver á emprender de nuevo la tarea hasta ponerle mas alto, mas alto y donde debe estar.—B. PEREZ GALDOS.

Palma 18 de Agosto de 1882.